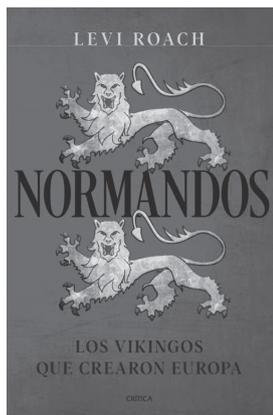


Reseñas bibliográficas

ROACH, L., *Normandos. Los vikingos que crearon Europa*, Barcelona, Crítica, 2023, 382 pp.

Rafael Ramis Barceló
Universitat de les Illes Balears – IEHM



El autor de la obra que presentamos, Levi Roach, tras estudiar en el Trinity College de Cambridge (en el que defendió su tesis doctoral sobre asambleas reales anglosajonas, la cual fue publicada luego en Cambridge University Press, en 2013), fue nombrado catedrático de la Universidad de Exeter. El título original del libro es *Empires of the Normans. Makers of Europe, Conquerors of Asia*, y ha sido traducido al español por

Yolanda Fontal, e incluido, con acierto, por la Editorial Crítica en su Colección «Tiempo de Historia».

Se trata de la típica obra de la historiografía anglosajona, que aúna la capacidad narrativa con el rigor académico. En este caso, Levi Roach indica que es un acercamiento a la «escritura popular» (p. 319), traducción certera de «popular writing», aunque puede dar lugar a equívocos. No se trata, en absoluto, de un libro de divulgación, sino una obra de carácter académico, escrita con un tono narrativo e incluso novelesco, como suele ocurrir en las últimas décadas en las universidades británicas y norteamericanas. Sin embargo, aunque el autor presente el tema con gran destreza, no es un libro fácil de seguir por parte de un lector sin ciertas horas de vuelo. En cambio, para alguien que está familiarizado con el mundo intelectual, se trata de una obra de gratísima lectura, pues da los datos suficientes para entender, en trescientas páginas, los hitos de la historia de los normandos, al tiempo que proporciona una selecta bibliografía, con algunos comentarios interesantes en las notas que se hallan al final.

A lo largo de veinticuatro capítulos se despliega la evolución de los normandos, que abarca desde el asentamiento de los descendientes de unos vikingos en el norte de Francia hasta Federico II. La historia inicia con el legendario Rollo, cuyas incursiones pusieron las bases del futuro ducado de Normandía. La narración prosigue con sus descendientes, quienes, con una mezcla de audacia y fortuna, lograron dominar el norte de Francia, frente a sus vecinos de Flandes y Anjou.

El libro, sin embargo, está centrado en el ámbito de la isla de Inglaterra, tema que Roach domina con gran

soltura: trata con mucho detalle el modo en que Guillermo el Conquistador se sentó en uno de los tronos más codiciados de Europa. Desde estas nuevas bases, con avances y retrocesos, los normandos ampliaron aún más su influjo al establecerse en Escocia y conquistar grandes áreas de Gales e Irlanda. En el libro no solamente se describe la influencia normanda en las costumbres, sino también en el impulso artístico de las notables catedrales románicas.

En sucesivos capítulos se explica cómo los normandos participaron en la conquista cristiana de la Península Ibérica (especialmente de Lisboa y de Tortosa), así como también su asentamiento en el sur de Italia, donde los hijos de un personaje poco conocido, Tancredo de Altavilla, crearon un reino cuyo centro neurálgico era Sicilia, donde aún se pueden contemplar las bellísimas construcciones que llevaron a cabo.

La historia de los normandos se entremezcla con la de las cruzadas: su impacto en el Mediterráneo oriental, donde estuvieron a punto de derrocar al imperio bizantino, fue tan espectacular como efímero. La obra concluye con el momento de glorificación y cénit de los normandos: la coronación de Federico II, *Stupor mundi*, quien devino Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Los normandos, con ello, habían llegado al cénit, aunque puede decirse también que este hecho supuso el final de la historia propiamente normanda: «el reinado de Federico II marca el final de la construcción del imperio normando. Los normandos habían transformado la política y la sociedad en Francia, Italia, las Islas Británicas, Oriente Medio, la península ibérica y (cada vez más) Alemania. No había prácticamente ninguna región de Europa y el Mediterráneo donde no se pudiera encontrar a los descendientes de Rollo e incluso allí donde ya no estaban presentes, todavía se podía apreciar su legado» (p. 313).

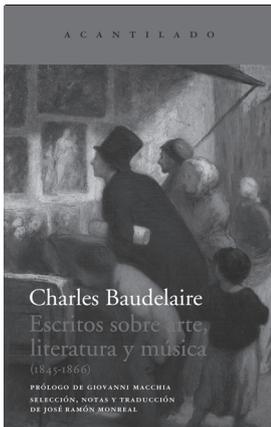
Ciertamente, al no haber configurado la identidad de un estado nacional, los normandos se fundieron con los demás pueblos de Europa. Como indica Roach, «al final, los normandos fueron víctimas de su propio éxito. Pasaron a formar parte del tejido de la sociedad europea hasta tal punto, que apenas se hacían notar. Habían desaparecido y pronto fueron olvidados» (p. 317).

Para rescatar la historia de los normandos, nada mejor que repasar la nómina de sus protagonistas principales. En las páginas de este libro aparecen personajes esenciales en la historia europea: desde el legendario Rollo, Ada de Warenne, Guillermo de Malesbury, Guillermo el Conquistador, el obispo Odón de Bayeux, Bohemundo de Tarento, Roberto Guiscardo, Emma de Normandía el rey Federico II Hohenstaufen, Tancredo de Hauteville, Roger de Sicilia, o Hugo de Hacy, entre otros muchos.

En algún momento se echa de menos un árbol genealógico, no solo de las familias de Guillermo el Conquistador o de Tancredo, sino de otras familias condales, si bien de la mayoría de ellas, en caso de dudas al hilo de la lectura, puede consultarse mucho material gráfico en internet, sin necesidad de grandes búsquedas. Un total de dieciséis ilustraciones rematan una obra pensada para un público amplio, con letra grande y clara. Se trata, en fin, de una lectura muy recomendable por su amenidad, humor, y la habilidad narrativa de los diversos capítulos, que son sintéticos y saben captar tanto lo esencial de la historia, como también la atención del público.

BAUDELAIRE, C., *Escritos sobre arte, literatura y música (1845-1866)*, Barcelona, Acantilado, 2023, 1040 pp.

Rafael Ramis Barceló
Universitat de les Illes Balears – IEHM



Este libro debería figurar en todas las bibliotecas de Letras de las Universidades hispánicas, pues –tarde o temprano– será objeto de consulta por parte de centenares de usuarios. Por diversos motivos, esta obra de Baudelaire resulta una reflexión lúcida y atinada sobre muchos aspectos del arte de su tiempo, en múltiples perspectivas: literaria, pictórica y musical.

Baudelaire era un personaje inclasificable, que resultaba incómodo para los liberales y los conservadores. No encajaba en ninguna parte y, cuando el lector recorre esta obra, sigue emitiendo el mismo juicio: demasiado conservador y católico, demasiado provocador y maldito, demasiado diabólico... Baudelaire es, ciertamente, «demasiado». En la obra que presentamos hay luz y hay verdad, a veces cegadora, aunque también hastío, escritos de encargo y rutina.

Como señala Giovanni Macchia: «los escritos críticos, los proyectos de dramas y de novelas, las narraciones, las páginas dedicadas al opio y al hachís, muchas cartas, son en su conjunto, antes que desarrollos periféricos de su obra, o agregados o barriadas de una ciudad ideal cuyo centro sería *Las flores del mal*, partes vivas en la arquitectura de tal ciudad, donde todo tiene un significado, un intercambio, un flujo y una razón de ser» (p. ix).

En este libro se recogen, en cuatro secciones, sus trabajos de «crítica de arte», «crítica literaria», «crítica musical», y «escritos póstumos». A nuestro entender, los trabajos de crítica artística son los más irregulares, puesto que los salones, en mayor medida, eran comentados por Baudelaire como un *modus vivendi*, y no tanto por su

necesidad de expresión literaria. A veces, da la impresión que escribe por encargo, de forma profesional, para cumplir con las peticiones.

Por ejemplo, en el salón de 1845, leemos: «Brillouin ha mandado cinco dibujos al carbón que se parecen un poco a los de Lemud; pero éstos son más firmes y quizá tienen más carácter. En general están bien compuestos. El *Tintoretto dando una lección de dibujo a su hija* es sin duda algo excelente. Lo que distingue sobre todo estos dibujos es su carácter noble, su seriedad y la elección de las cabezas» (p. 47).

En esas páginas de compromiso, aparecen entremezclados algunos fogonazos de genialidad, observaciones dignas de tenerse en cuenta: «el mejor modo de saber si un cuadro es melodioso es mirarlo a suficiente distancia como para no distinguir ni el asunto ni las líneas. Si es melodioso, tiene ya un sentido, y ha ocupado ya un lugar en el repertorio de los recuerdos» (p. 75). O también: «hay dos maneras de comprender el retrato: la historia y la novela» (p. 117).

Entre los pintores, Baudelaire exalta una y otra vez a Eugène Delacroix, a quien compara con Victor Hugo, siguiendo la estela de sus contemporáneos. Sin embargo, del pintor francés destaca, ante todo, la «melancolía singular y persistente que emana de todas sus obras» (p. 91). Junto con Delacroix, también tiene palabras de elogio hacia Ingres y no deja de hacer interesantes observaciones sobre caricaturistas franceses y extranjeros, entre los que se incluye Goya.

Sin embargo, sus comentarios pictóricos podrían resumirse en un panegírico de Delacroix, al que le dedica frases memorables: «¡La imaginación de Delacroix! Ésa nunca ha temido escalar las difíciles alturas de la religión; el cielo le pertenece, como el infierno, como la guerra, como el Olimpo, como la voluptuosidad. ¡He ahí el tipo de pintor poeta!» (p. 261). Asimismo, podemos leer, algo más adelante, que: «Delacroix estaba apasionadamente enamorado de la pasión y fríamente determinado a buscar los medios de expresarla del modo más visible» (p. 384). El último fragmento que hemos seleccionado, entre los muchos que merecerían figurar en una antología, es: «Eugène Delacroix era una curiosa mezcla de escepticismo, cortesía, dandismo, voluntad ardiente, astucia, despotismo y, por último, una especie de bondad particular y de ternura moderada que acompaña siempre al genio» (p. 394).

En cuanto a los escritos de crítica literaria, el talento de Baudelaire emerge aún con mayor pasión, esculpiendo frases aceradas y cinceladas, de solidez lapidaria. El amante de los aforismos y de los adagios sentenciosos podrá degustarlos sin parar, pues si es inmisericorde con los escritoruelos y juntaletas, no ahorra elogios a los prosistas y poetas de talento. Magníficas son las páginas dedicadas, por ejemplo, a *Madame Bovary* de Flaubert, si bien aún son mayores los encomios que dedica